

De actualidad

OIGA USTED, SEÑORITO CASINERO...

Pues no señor, no, señorito clubman o casinero, lo indigno, lo intolerable no es que se pueda contar lo que ocurre en las altas clases de la sociedad, en las que deben dar ejemplo, en las que se dicen a sí mismas dirigentes; lo indigno, lo intolerable es que pueda ocurrir lo que se cuenta.

Ya Quevedo dejó dicho para siempre aquello de: "¿No ha de haber un espíritu valiente?—¿siempre se ha de sentir lo que se dice?—¿nunca se ha de decir lo que se siente?" Esto es sinceridad, pero a la sinceridad, como subjetiva que es, no se le persigue tanto como a la veracidad, que es objetiva. ¡Que diga uno lo que sienta, bien, pero que cuente lo que ve, lo que oye...! ¡Que sea testigo...! El testigo de la verdad es mártir.

Al que esto escribe le mandó en cierta ocasión un señor ministro—ministro de la clandestinidad en aquel caso—hacer desaparecer la prueba visible y tangible de que la fuerza pública había fusilado a un joven que se encontraba en una habitación cerrada, detrás de una vidriera sujeta con falleba. Y en aquella triste ocasión se recurrió también para defender excesos indefendibles, y con ello la infalibilidad castrense, a producir testimonios tácticamente falsos. Y mientras la autoridad para justificarse acuda a tapar o a torcer la verdad no llegará a tener autoridad jamás.

Pero esto es un desahogo digresivo. Y ahora, señorito casinero, usted que vocinglea "¡orden! ¡orden!" siendo un hombre no ordenado, sino ordinario, de lo que debe espantarse es de los resquebrajamientos que está produciendo el deshielo de la sociedad en que usted vive. ¿No oye usted como truenos soterraños? Es el deshielo. Y acuérdesese de aquella catástrofe del "Titanic", cuando de noche,

y mientras se divertían a bordo e iba el piloto sin duda, más que regularmente alumbrado, chocó aquella sociedad con un témpano errante. Y se fueron al fondo del mar, a acabar allí su baile.

Usted, señorito casinero, comenta las disposiciones de don Millán o el señor Millán—que de los dos modos, sin faltarle al respeto, se le puede llamar—y recuerda lo que ha oído de los motines a que en Madrid dieron lugar Esquilache y Sabatini, y le divierte eso mucho. Y si le da por ponerse serio añade que no se le debe reducir a la policía del Estado a ese papel de bastoneros de salón de baile o de perreros de catedral. Pero tampoco tiene usted una idea muy clara de la función que debe corresponder a la policía. Y que acaso la llenaría mejor que en otra parte en el club o casino a que usted pertenece. Y en calidad de jubilado de nacimiento.

No sé si usted, señorito, habrá leído el libro del conde de Romanones "El Ejército y la Política", y en caso de haberlo leído si se habrá fijado en aquel pavoroso cuadro de su página 146, donde se nos dice como España ocupa el primer lugar en el coeficiente de mortalidad por 1.000 hombres del efectivo medio de la fuerza militar en revista. Nuestra España da el 4'50, la sigue Bulgaria con el 3'80—o sea 0'70 menos—y acaba Suecia con el 2'60. Y dice el conde: "La juventud española llega a los cuarteles mal preparada; y que en ellos no se les atiende debidamente, lo comprueba el coeficiente de mortalidad de nuestro Ejército".

¿Es esto último del todo cierto? Acaso no. Primero porque puede muy bien suceder que esa juventud no sea bien seleccionada al entrar en filas y que se obligue a ir a ellas a quie-

nes en otros países se les excluye. Pues sabemos de más de un tísico rematado a quien se le dió por útil. Pero por otra parte cabe que aun cuando los jefes del Ejército quieran atender debidamente a los soldados—y es lo natural que así sea—no puedan lograrlo.

Sabemos, en efecto, de alguna guarnición en que los jefes de ella—padres de familia, además—, alarmados al observar los estragos que en la tropa hace cierta vergonzosa enfermedad de contagio—que no se coge, señor Millán, en los cines, aunque estos acaso la preparen alguna vez—acudieron a la policía y resultó que ésta, la policía, entretenida en fichar sospechosos, en oír discursos de elementos peligrosos y en registrar casas de individuos de "malas ideas", no sabía donde podría hallarse el manadero de la ponzoña.

Y acaso en esta última función, la de ayudar a una campaña sanitaria, obligando a ponerse en cura a toda persona que pueda envenenar a otras, acaso en esto pueda usted, señorito casinero, peñero o clubman, complementar a la policía. Hágase usted, pues, para este menester policía honorario y cumplirá usted con Dios, con la Patria y con el Rey. Y no decimos con el Altar, con la Bandera y con el Trono. Porque Dios, Patria y Rey es una cosa, y Altar, Bandera y Trono es otra.

Sabemos, señorito peñero, que también usted "rasputinea". Y que en el entre tanto se juega hasta las pestañas. Pero de esto del juego, que el señor ministro de la Gobernación estima irremediable—¡para su poder delegado, sí!—tenemos que decir algo más. Y muy edificante, por cierto.

MIGUEL DE UNAMUNO

